AUTOMOVILES

HUDSON SUPER SEIS

ESSEX MOTOR CARS

HUDSON-ESSEX MOTORS, S.A.

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 53

Tº 937-M

RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.

LA NOVELA DE HOY



El triunfo de Carmela

POR ARTEMIO PRECIOSO

30 CTMS

Varela de Seijas

LA NOVELA DE HOY

DIRECTOR: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: Mendizábal 42.—Teléfono 24-53 1.—Apartado 473.

Año IV || Madrid, 30 de enero de 1925 || Núm. 142

El triunfo de Carmela.

(COMEDIA DE AMOR)

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO

Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.

1925

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I *La Virgen Desnuda.*
II *Desamor.*
III *De Pecado en Pecado.*
IV *El Pozo de las Pasiones*
V *La Bien Amada.*
VI *Emocionario*
VII *La Sin Ventura.*
VIII *El Divino Pecado.*
IX *Con el pie en el Corazón.*
X *San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI *Hombre de Amor.*
XII *Un Hombre Extraño.*
XIII *En Carne Viva.*
XIV *Una cualquiera.*
XV *Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV. *Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI *El Jefe Político.*
XXVII *... A Besos y a Muerte.*
XXVIII *Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

A MANERA DE PROLOGO

Hablando con Artemio Precioso.

—Vamos a ver: en primer lugar, querido Artemio, ¿quieres decirme cómo van esos pleitos? Son ya del dominio público. La gente se hace lenguas de la osadía grotesca de ciertas pobres gentes, que, aconsejadas con indudable...

—No sigas, y, sobre todo, no califiques. Soy tan respetuoso con todo lo que se relaciona con los Tribunales de justicia, que no quiero rozar lo que, por unos u otros motivos, está sub judice... Todo llega, y todo pasa, y cuando los Tribunales hayan pronunciado su fallo, entonces, sí, será ocasión de juzgar la conducta de los hombres, de solventar las cuestiones precisas, porque, claro, cada obra tiene su hora... *Este es el momento de tener paciencia. Estoy*

tranquilo, satisfecho, porque yo soy incapaz de injuriar, y porque, además, la intención de arruinarme, esa pía y bendita intención, no podrá realizarse de ninguna manera. Mal puede arruinarse quien no tiene más que su trabajo para vivir, y, sobre todo, quien fué siempre un hombre honrado... ¡Soy tan decente como la más vulgar burguesa, querido amigo!

—Hablemos entonces de otro asunto. ¿Es cierto que te han expulsado del Casino? Lo dicen algunos, aunque añaden que no es por nada deshonroso, sino por escribir una novela...

—Pues quien afirme tamaña calumnia es un inconsciente o un miserable, que no dice verdad. No he dejado de pertenecer ni un solo día al Casino de Madrid, sociedad, por otra parte, que no visito casi nunca, ni ahora ni nunca, porque no dispongo, como sabes, de un minuto libre... Puedes asegurar que quien afirme, no ya la patraña ridícula de la expulsión, sino cualquier otra cosa que redunde en desdoro mío, es un mentecato o un canalla... ¿No hay aún quien afirma que mi verdadero apellido no es Precioso? ¡Mentecatos! Aquí se puede uno llamar

Verdugo, Rico, Monín, Hermoso, Hermosa; pero Precioso, no lo creen algunos... ¿Se figuran que lo adopté yo por... coquetería? *¡Tiene gracia!*

—¿Cuándo sale Rosa de carne?

—Está ya en la imprenta. Yo no trabajo a destajo *sino cuando me siento con humor y ganas. Me absorben, como sabes, otros quehaceres más apremiantes... He terminado* Las rubias del principal, *para* La Novela de Noche; El triunfo de Carmela, Rosa de carne... *Y ya he comenzado* La tragedia del gordo. *Tengo en preparación dos comedias con López de Haro: otra novela grande, titulada* Los diablos fríos; *y mis novelitas* El légamo de la tragedia, La doble pasión y La virgen casada *pienso convertirlas en novelas grandes... ¡Y eso que la preparación del diario, de ese gran diario soñado por mí y próximo a convertirse en realidad, me lleva mucho tiempo! Ya están facturadas hacia España las máquinas... Nuestra revista* Muchas Gracias *va a transformarse en una gran revista, más lujosa y más cara... Si esto no es*

querer trabajar... *En la Editorial "Atlántida" sabes también que hay grandes proyectos...*

—¿Qué orientación tendrá el diario?

—Será un periódico independiente, de ideas radicalmente liberales, *sin banderías políticas...*

—¿Puedes anticiparme alguna iniciativa?

—Sólo debo decirte que el periódico, al aparecer, tendrá organizada la fundación de una numerosa colonia de hoteles con jardines para los escritores... Te digo esto porque, como ves, es un proyecto administrativo que no puede, al divulgarse ahora, malograr nuestras iniciativas profesionales...

—Y cuando dirijas el diario, ¿continuarás dirigiendo las revistas de ahora?

—Claro que no. Cuando el periódico aparezca, se encargará de la dirección de nuestras revistas un gran escritor, orgullo legítimo de nuestras letras... Desde ese momento sólo me dedicaré al periodismo... y a escribir novelas.

—¿Tienes fe en el triunfo del futuro diario?

—¿Cómo fe? Tengo la se-gu-ri-dad de que haremos un periódico que interesará al público y que servirá a España. Claro que las gentes necesitan ver para creer, *y aun* viendo, *muchas* no creen. *Pero, en fin, con* verlo *basta... No se me ocultan las dificultades enormes que habrá que vencer para hacer un periódico* nuevo, *digno de la patria* nueva... *Hay actualmente en España muchos grandes diarios, admirablemente dirigidos... Pero eso dará valor a nuestro triunfo... De lo contrario, ¡no tendría mérito!*

Yo participo de la fe que en sus empresas pone Artemio Precioso. ¡Somos ya muchos los que tenemos fe en este hombre, joven *y* nuevo!

Y he subrayado estas dos palabras porque se puede ser joven y viejo a la vez, y se puede ser viejo de edad y joven de ideas y de procedimientos...

MARIANO TOMÁS.

La novela más desenfadada y más interesante del admirable escritor

Vicente Díez de Tejada

es la que publica en su número 21

LA NOVELA DE NOCHE

con el título de

No por obra de varón...

Es una deliciosa narración, llena de gracia y atrevimiento, que os proporcionará con su lectura un rato felicísimo.

Ilustraciones de OCHOA

UNA PESETA EJEMPLAR

NOTA.—Todos los originales publicados, tanto en LA NOVELA DE HOY como en LA NOVELA DE NOCHE, son rigurosamente inéditos.



EL TRIUNFO DE CARMELA

(COMEDIA DE AMOR)

I

TRES años habían vivido juntas, internas las dos en un colegio de monjas francesas, en un pueblecito de la costa norte de España. Llegaron allí con poca diferencia de días. Coincidieron con los mismos cursos de enseñanza y les señalaban lugares próximos en las aulas, en el comedor y en el dormitorio. Eran madrileñas, de la misma edad y de una belleza lo bastante acusada para que la reconociese sin discusión

el sufragio exigente de las compañeras. Vestían luto de rigor y se preguntaron.

—Por mi madre—dijo María Teresa—; se me murió el 10 de abril.

—El 15 se me murió la mía—dijo María del Carmen.

—Hemos llorado casi a la vez la misma desgracia.

—La misma desgracia nos ha juntado aquí.

Siguieron curioseándose y se contaron muchas cosas y circunstancias parecidas de su situación.

Iban a estar mucho tiempo bajo el cuidado piadoso de las dominicas, no sólo para concluir su instrucción, que hubieran podido hacer como antes en Madrid, sino porque debían pasar en el colegio el período difícil de su orfandad...

—Con mi padre—contaba María Teresa—vive ahora una hermana suya, vieja ya, muy achacosa y medio ciega. Tía Rafaela no se atreve a cuidar de mí mientras yo no sea una mujer cabal.

—¿Y qué es eso? ¿Una mujer cabal?—preguntó seriamente María del Carmen.

—Pues... desarrollo completo, vigor, presencia, formalidad; no sé.

—A nuestra edad se cambia poco. ¿Cuántos tienes?

—Quince.

—Y yo. A nuestra edad somos espiritualmente lo que vamos a ser. Tendrá mucha mudanza nuestro cuerpo, pero el espíritu ya está formado y es muy poco lo que puedan quitarle o añadirle los años; nada esencial. Niña serás toda la vida. Conozco señoras muy pasadas que no han salido nunca de la niñez. Si no conoces mujeres muy mujeres de quince años, aquí tienes una para lo que gustes mandar.

María Teresa escuchaba somnoliente y complacida la plática sentenciosa de la compañera, y encontraba gracioso el gesto grave con que la decía.

—Y tú—le preguntó—, ¿no tienes hermanas, tías, alguien que cuide de ti?

—Sólo tengo a mi padre. Cuando yo salga de aquí iré a casa de una señora que él conoce, amiga de otro tiempo, de una familia respetable.

—Señora de compañía.

—Y para gobernar la casa, además de acompañarnos a mi padre y a mí.

—¿A tu padre también?

—Creo que ningún hombre soporta la soledad.

—A falta de familia...

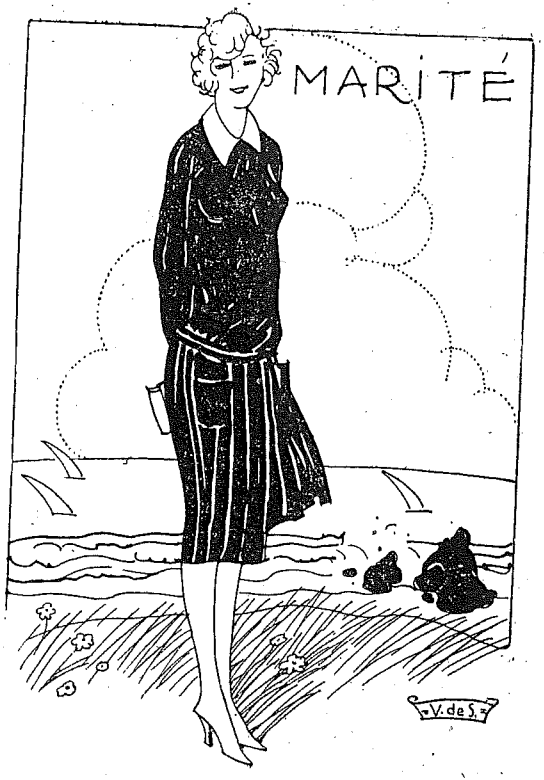
—Ni con familia. Un hombre soltero o viudo se siente solo muchas veces, aunque le acompañe la parentela.

—Y para vuestro caso viene bien una señora respetable, amiga.

—Nunca la he visto; cuando la vea me haré cargo. Si lo merece, no me importará que mi padre la lleve para todo.

Hablaba María del Carmen como sin ánimo de chancearse, con el semblante sereno, que hacía tan graciosos para su interlocutora los rasgos intencionados de aquella conversación.

María Teresa, hija única del banquero Aranaz, sin ser lo que se llama una buena moza, tenía cumplida y suficiente estatura, formas llenas y proporcionadas, rizosa cabellera de oro, piel blanquísima, ojos negros y grandes, nariz respingadilla y pícara, boca un poquitín encen-



dida y de labios carnosos y encendidos. Era realmente una chica guapa, pero su mayor atractivo consistía en la expresión y animación de la figura; curiosidad insistente y penetrante en la mirada, vivacidad del gesto, risa pronta y franca, palabra ingenua y desenfadada, pero contenida en los límites de la conveniencia, daba la impresión de esas personas que dicen y hacen todo lo que se les tolera y aun guardan, a regañadientes, algo de su pensamiento y de su voluntad.

María del Carmen, hija única del general Castillón, alta, esbelta, morena pálida, de ojos azules y facciones puras, correctísimas, llamaba la atención por el aire de majestad y elegancia de su tipo y por la feliz armonía del tipo y del carácter. Era de buen trato, pero no lo prodigaba; tolerante, cortés y benévola, pero retraída. Así tenía que ser por instinto. Sagaz, reflexiva y consciente de su íntima condición y con absoluto dominio de sus inclinaciones, necesitaba prevenirse para que su voluntad fuerte e imperiosa, y la audacia de sus ideas y sentimientos no la pusiera contra la corriente

de la vida. Sólo con María Teresa comenzó a ser comunicativa, mostrando algo de su fondo en estas confidencias, estimuladas por la simpatía que se inspiraron.

—Parece que hemos nacido para ser amigas —le dijo una vez María Teresa—. A un tiempo nos trajo aquí la misma desgracia, nos han puesto juntas y juntas vamos a compartir un largo cautiverio. Hay muchas coincidencias en nuestras vidas. Tenemos que correr igual camino en iguales circunstancias de presente, con iguales preocupaciones de porvenir. Somos huérfanas, de una misma edad y de un rango social semejante. Somos guapas, tú más, muchísimo más. Tú eres una personita muy interesante, singular; oyéndote aumenta el encanto de mirarte. Yo no me tengo por vulgar y ñoña. ¿Verdad que vamos a ser muy amigas?

María del Carmen, apretando una mano de María Teresa entre las suyas, dijo dulcemente:

—Creo que sí. No quiero adularte; no te digo lo que me pareces. Creo que vamos a ser muy amigas, y siento deseos de abrirte mi corazón y hacer por ti todo el bien que pueda.

María Teresa levantó hasta sus labios las manos, que oprimían las suyas, y las besó con íntimo consuelo, emocionada por la sencilla ternura de aquellas palabras, promesa de amparo y cariño.



II

Precoces de cuerpo y alma, Carmela y Marité, como las llamaban sus condiscípulas, no podían adaptarse completamente al medio, demasiado infantil para ellas, y esta circunstancia las unió más todavía. En las treguas de trabajo escolar y en las horas del recreo estaban con las monjas más a gusto que con las colegialas, o se apartaban a pasear y charlar fuera de los corrillos y de las diversiones de la chiquillería...

—Presumen de señoras mayores—murmuraban algunas de las compañeras.

—Os ponéis muy tontas—les dijo un día Rosarito Zapata, *la Corrupia,* una muchacha bocona, chata, desgarbada, intemperante y ren-



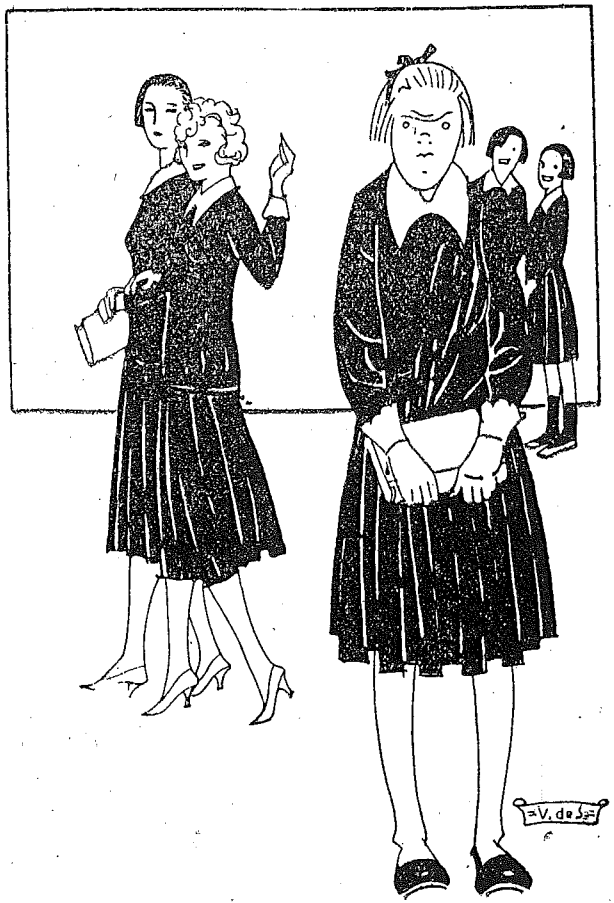
cillera—. Siempre estáis de cuchicheos. ¡Parecéis novios!

Carmela siguió indiferente y tranquila, como si nada hubiera oído; ni la miró siquiera. Pero Marité sí la afrontó muy risueña, con aire de zumba:

—No te enfades, monina, preciosidad, cachito de gloria; que tú vas a tener los novios así —le dijo, agitando los dedos con el vulgar ademán alusivo a la bulla.

Un coro de carcajadas ahuyentó a *la Corrupia,* ya sin ganas de reincidir en sus impertinencias.

La vida monótona del colegio, aquella limitación de horizonte para los ojos y para el espíritu, aquella perdurable rutina de las horas, un día y otro empleadas de igual manera, pesaban con agobio sobre Marité. Inquieta, curiosa, expansiva, de temperamento sensual y afectivo, allí no había nada ni nadie para sus hondos anhelos de efusión y alegría, sino Carmela solamente. La conversación original, varia y sugestiva de Carmela entretenía mucho a Marité, llevando su curiosidad y su imaginación a una



multitud de cosas y seres, hechos y dichos, visiones interesantes del mundo y de la vida, más allá del pobre recinto en que moraban. Carmela, que procuraba pasar entre sus compañeras como una de tantas, rebelde a ostentarse, retraída y sobria de palabras con las demás, hablabá con Marité pródigamente, recreándose en los efectos que le producía, de gratitud, de placidez, de admiración y de sorpresa, y solazándose al mismo tiempo con las preguntas pintorescas, las graciosas murmuraciones, las desenfadadas ingenuidades y las confidencias atrevidas de Marité.

Carmela sentía menos el régimen fastidioso del colegio. Se distraía mucho con el trabajo; había conseguido que le permitieran cambiar algunas ocupaciones para dedicarse con más tiempo a las que prefería; cultivaba la fotografía, el dibujo y la acuarela; aprendió a tallar madera y a modelar cera o barro con una profesora yanqui, a la que superó pronto en gusto y destreza; le permitían también elegir en la escasa biblioteca de la comunidad los libros que le parecían aprovechables y recibía otros que



encargaba con la previa aprobación de la directora y con el informe propicio de la madre Marta, la yanqui, a quien se consultaba por su gran cultura profana y por ser la que atendía a Carmela exclusivamente en algunas clases.

La precaución de vigilar las lecturas de Carmela llegaba tarde para influir en su hábito de leer sin asombro y sin temor todo lo que le interesaba; cuando pudiera—lealmente se lo confesó a la madre Marta—volvería a saciar su afición más ávida. En Madrid no había ido a ningún colegio; la instruyeron en su casa una institutriz irlandesa y un anciano que fué preceptor de su padre; y siempre, al quedarse sola, después de sus tareas, seguía largas horas en su cuarto de estudio, donde se amontonaban, desordenados, en los estantes y sobre mesas y sillas, los libros del señor Castillón. De todo lo que tuvo a la vista y de lo que halló reservado en algunos escondites tomó a su capricho y sin desechar cosa que entendiera y no la fastidiara; fué haciéndose voraz en la lectura y a la vez haciéndose ella misma, forjando su espíritu y



su carácter al azar de las impresiones tan diversas que recibía.

—Después de todo—le dijo la madre Marta—, los azares de la vida que no están en los libros no son mejores ni peores. La ignorancia limita nuestra capacidad para el mal y para el bien; pero no somos mejores por ignorar ni peores por saber. Haces bien, hija mía, en seguir tu afán, porque nadie sabe demasiado; saber es vivir, y el que sabe más vive más, ensancha su esfera. Sólo que, aun en estos tiempos, y, sobre todo, en tu país y entre tus gentes, la mujer que va por donde tú suele hacer mala figura. Ten cuidado.

Se lo tenía.

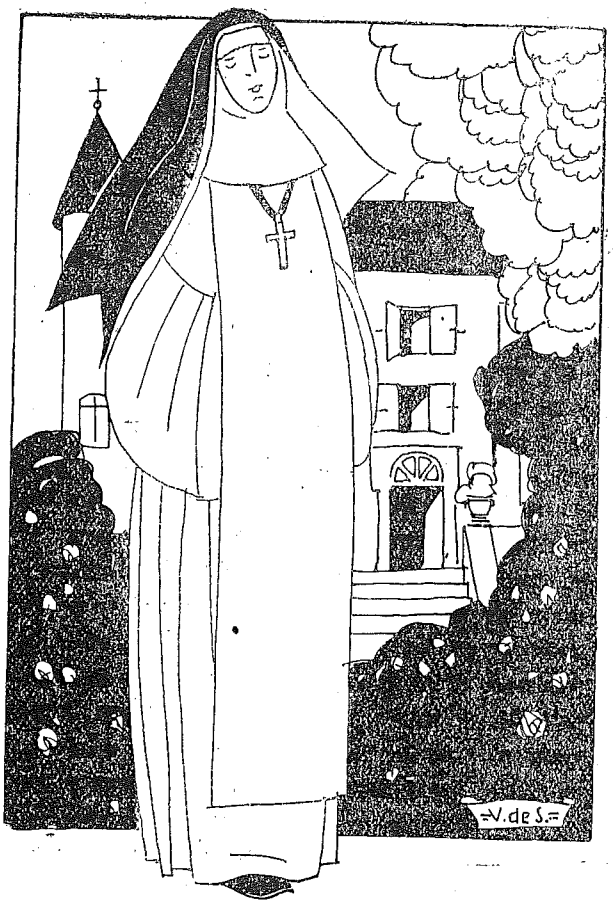
—Me repugna la violencia, madre. No pienso vocear ni luchar contra nadie ni por nada. Aceptaré todo lo establecido, apartándome silenciosamente de lo que me oprima y me disguste. Me bastaría un poco de independencia, la posible...

—Eso es, Carmela: ¡ni sometida ni sublevada!

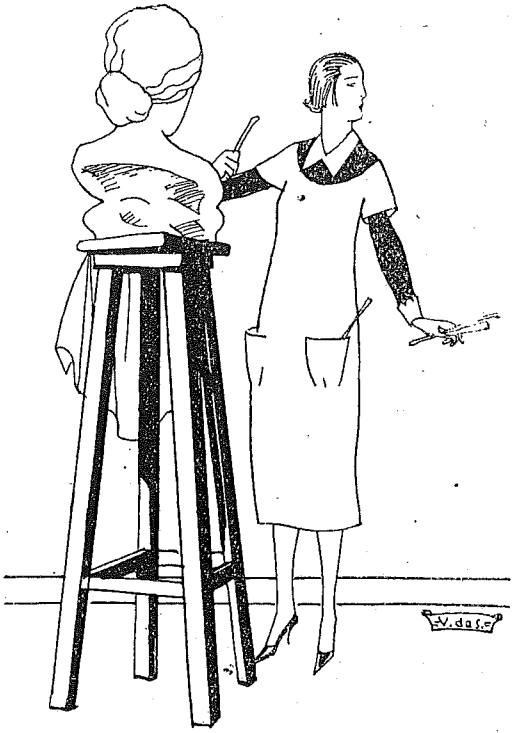
En el siglo, esta señora Marta Smith fué

maestra de un gran liceo femenino de San Francisco de California. Al retirarse a la paz de las costumbres monacales, buscando el alivio de sus fatigas y de sus desventuras, eligió precisamente la Orden dominicana para no sacrificar su vocación de maestra, el único goce que habían encontrado en el mundo sus generosos sentimientos. Hija de cónyuges divorciados vergonzosamente, dos veces viuda; primero, de un abogado dilapidador y turbulento, metido en feas aventuras mercantiles, y después, de un famoso escultor, que al año de casados murió en un *cabaret,* asesinado por una modelo, Marta vivió una existencia de lucha y de martirio; pero en su despego por las cosas mundanas, no había ninguna exaltación ascética; sus votos de monja no desviaron su mentalidad ni amenguaron su amor a la escultura profana; era la misma mujer de antes, tal como en su cátedra de San Francisco, pero cada vez con más profunda piedad por las pobres muchachitas, destinadas a sufrir el dominio del hombre, tan frecuentemente rudo y desaforado.

La madre Marta simpatizaba mucho con



Carmela, y en lo posible favorecía sus aficiones. Estaba encantada con el talento poderoso y el temple varonil, aunque dulce y sereno, de aquella criatura, en la que apreciaba y aprovechaba con fruto copioso una especial aptitud artística, culto apasionado de lo bello y finísima percepción de la belleza plástica. Valiéndose sólo de grabados y venciendo la dificultad que esto impone, Carmela logró reproducir con bastante perfección varios primores escultóricos, entre otros, el busto de Afrodita, de Praxiteles, y una medalla de Safo. La maestra, esmerada en la labor de la discípula, y sobre una opulenta colección de láminas que contenía las mejores muestras de los principales museos del mundo, iba explicando amenísimas lecciones acerca de la historia del arte antiguo y de la escultura en Grecia y Roma. A propósito de todo esto, dejaban volar deleitosamente su imaginación a través de siglos y pueblos, evocando el espíritu de las civilizaciones clásicas, los mitos, los dioses, los cultos, las ideas y las costumbres que infundían el amor a la Naturaleza, divinizaban la Humanidad y embellecían la vida...



III

Acabado el curso, desapareció del colegio la multitud bulliciosa de las alumnas. La directora y algunas madres pasaban el verano, según costumbre, en otra residencia de la Orden. Las únicas colegialas que permanecían allí, con la madre Marta y dos monjas, eran Carmela y Marité. Para ellas, por las mismas circunstancias que las llevó al colegio, no habría vacaciones. En algunos años, siquiera dos o tres, no podrían sus padres atenderlas tanto como convenía a su especial situación de huérfanas demasiado jóvenes. Periódicamente irían a verlas desde Madrid en invierno, o en verano desde Santander, el señor de Castillón, y desde Guetary, el señor Aracena; y solían ponerse de acuerdo para coincidir en las visitas. Habían

empezado a tratarse por indicación de las muchachas y eran ya muy amigos.

—Lo pasaréis muy bien—les dijo a Carmela y Marité la buena madre Marta—; desde ahora, la casa es vuestra, y el horario, como lo dispongáis. Podéis ir de un lado a otro, estar aquí o allá libremente y emplear el tiempo a vuestro antojo, fuera de las horas que señaléis para acostaros, para la capilla y para el refectorio. Trabajo, el que buenamente queráis hacer; obligaciones, ninguna. Os llevaremos a la montaña o al mar cuando os parezca...

Las muchachas, alborozadísimas, abrazaron a la madre, zarandeándola con franqueza verdaderamente filial; siempre le mostraron igual cariño y adhesión, agradecidas a su dulzura y a su solicitud.

—¡Viva la libertad!—murmuró Carmela.

—¡Abajo las cadenas!—gritó Marité.

Pasaron muy bien las vacaciones por cierto: libres del aburrimiento reglamentario. Más unidas que antes, juntas a todas horas, más necesitadas de la convivencia y de la recíproca atención en la soledad y en el ocio, el íntimo afecto

que se tenían se hizo entonces entrañable y apasionado.

Amparándose contra el bochorno de una siesta de julio, allá en apartada umbría del vasto parque del colegio, tendidas bajo la espesa fronda de un tilo, dialogaban Marité y Carmela.

—¿Tendré pronto mi retrato, Carmenchu?

—En un par de días lo acabo; lo barnizaré, lo empaquetamos, y el primero que llegue, tu padre o el mío, se lo lleva. Estoy temiendo que, a pesar de las precauciones de la madre Marta, lo fisguen las otras.

—Después de todo, hijita...

—Después de todo, nada por mí ni por ti. Pero es lo tratado con la madre. Y gracias a su buen sentido, a su bondad y a la ocasión, que si no, tampoco hubiera podido hacerlo.

—Total, el cuello, el pecho y los brazos, como en una función de gala. Un retrato que luego ha de ver todo el mundo. Si hubiera sido lo que tú querías...

—Lo que yo quería no era retrato.

—Era el retrato de mi cuerpo.

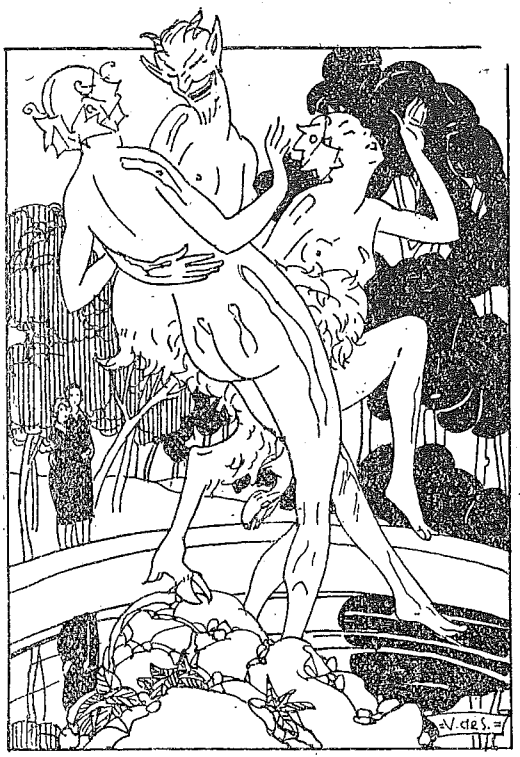
—Pero sin tu rostro, y exclusivamente para



mi estudio, cuando lo tuviera en Madrid. Estoy deseando pintar a gusto, trabajar con modelo y ensayar todas las dificultades.

—Pero eres ya una artista. La madre lo dice. Mi retrato no parece obra de un aficionado. Es cosa seria. Y estoy guapísima; que no sé cómo me pongo al verme en el lienzo. Oye, lo del muchacho aquel Narciso. Cuéntame otra vez... O si no, cuéntame qué hacen ahí en la fuente ese tío de los cuernos, con patas de animal, y esas desahogadas tan mal vestidas, con pámpanos en la cabeza...

Las monjas, al adquirir la finca del colegio, no hallaron muy de su gusto el ornato de los jardines; retiraron algunos mármoles y bronces; pero todavía quedaban otros, menos chocantes, en los lugares reservados del parque, fuera de la extensión dedicada a las alumnas durante el curso. A propósito del fauno y las bacantes de la fuente, Carmela, que se divertía mucho con la gracia pueril y la alocada incongruencia de las charlas de Marité, ilustró a ésta sobre lo que le preguntaba y le añadió relatos



y digresiones que suscitaron la sorpresa, el regocijo y el comentario de la curiosa.

Se comprende que *aquello* no podía seguir.

—¡Qué frescura de gentes!—decía Marité—. Pero la verdad es que se daban una vidita... No creas, algunas veces me siento yo un poco pagana. No sé si confesárselo al padre Jáuregui. No se lo digo porque se figura que invento pecados para tomar a broma la confesión, y se pone hecho una fiera.

—Te quiero mucho, muchísimo—dijo luego, acercando sus labios animosamente al oído de Carmela—. Sabría siempre admirar lo que vales; pero, además, tú, tan retraída con todas, eres tan buena para mí... Dime: ¿quién soy yo? ¿Qué piensas de Marité? ¿Por qué me quieres tanto?...

—Por lo que tú a mí: porque sí. No se explica una estas cosas; son porque tienen que ser; tú lo dijiste: "Parece que hemos nacido para ser amigas."

—Y más que amigas. No sé lo que el tiempo hará de nosotras; pero para mí será una gran tristeza que las circunstancias de la vida nos

separen. Carmenchu preciosa, ¿tienes ganas de novio?

—No, hija—dijo Carmela, riéndose del brusco salto del diálogo.

—¿Que no?

—De veras que no.

—¿Cómo es eso? ¿No te gusta el matrimonio?

—No me entusiasma. El matrimonio es la tragedia y la infelicidad, en muchos casos; el hastío, en casi todos; la dicha, en casi ninguno.

—Bien: el matrimonio no es gran cosa; pero ¿no te gustan los hombres?

—Me gustaría un hombre si me lo dieran como yo lo pidiera, hecho a mi medida. Los hombres, tales como son, como los vemos y los conocemos, me inspiran repugnancia invencible; los detesto.

Carmela discurrió con acerbo pesimismo sobre esta tesis de la inferioridad humana en general y de la masculina en particular, aplicando al discurso muchas historias (la de la pobre madre Marta, por ejemplo) y trazando la semblanza de los tipos de hombre y de mujer ca-

racterísticos de una sociedad en la que, si ella se mostrase como era y quería ser, no viviría tranquila: se la tendría como perversa, extravagante o ridícula. Para Carmela, lo peor y lo irremediable era el molde, la educación corriente, el inmenso círculo secular de rutinas, errores, inventivas y prejuicios que han deformado espiritualmente a la especie y que hasta físicamente han envilecido y afeado la figura humana.

—Estás pensando en los otros, en los tuyos, Carmela. Quizá no han existido nunca los guapos mozos de las estampas griegas, los héroes y los barbianes de los tiempos que te entusiasman. ¡A ver si me sales Quijote, chiflada por los libros de caballería! Verdad—añadió Marité—que el mundo no está bien arreglado para ti. No es fácil que encuentres tu tipo. No ha nacido ni ha de nacer el hombre que puede merecerte. Yo no valgo lo que tú, y tampoco sé lo que quiero...

Luego, mirando a Carmela dulcemente, echándole un brazo al cuello y otro a la cintura, atrayéndola y oprimiéndola sobre su cuerpo, le dijo, mimosa y acariciadora:

—¡Si tú fueras hombre!...

—¿Si yo fuera hombre?—interrogó Carmela, estremecida por la sensación del halago fervoroso y de la devoción exaltada que descubría la frase—. ¿Si yo fuera hombre?...

—¡Harías de mí lo que quisieras!

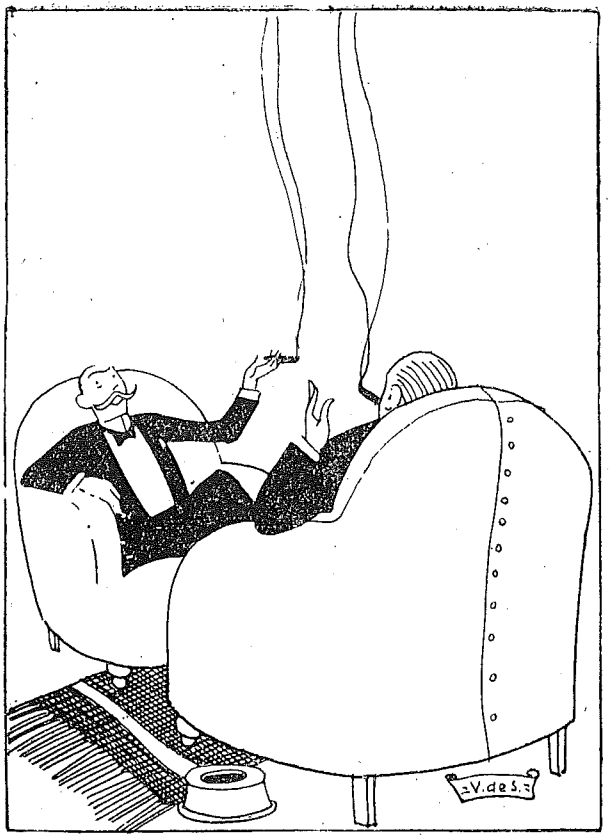
Carmela besó los ojos y los labios de Marité y ésta le devolvió los besos. Se besaban lánguidamente, con deleite amoroso. Bajo la sombra del tilo, en la desierta umbría, siguieron entregadas a la efusión de su cariño. Entre suspiros anhelosos y pródigas caricias murmurábanse, en apagada voz, motes de ternura y frases de entusiasmo, como requiebros y madrigales.

IV

Habían cumplido los diez y ocho años y estaban ya definitivamente fuera del colegio, desde el cual se trasladaron juntas a Guetary, a la finca de Aranaz, donde vivieron unos meses, acompañadas de sus padres.

—¡Qué hijas tenemos, Castillón!—decía el banquero al general—. Se han hecho mujeres, ¡y qué mujeres! ¡Qué pocas hay así! Me lleno de orgullo mirándolas, oyéndolas, observando su manera de ser. Por mucho que deban al celo de las monjas, es indudable que no basta la educación más cuidada para crear cualidades tan extraordinarias. Veo en mi hija la influencia bienhechora de Carmela. El menor mérito de Carmela es la hermosura.

—Sí, sí. Cada una por su estilo, es de lo que



no hay. Pero me parece que en la comparación prefiere usted el estilo de Carmela, y a mí me ocurre lo contrario. Encuentro en mi hija demasiada personalidad para mujer; es un alma de hombre, y no de un hombre cualquiera, en un cuerpo femenino. Yo no sé hasta qué punto podrá ser feliz. En cambio, Marité es más a propósito para la misión de una mujer; es inteligente, con la inteligencia desocupada de las cosas trascendentales, que no sirven para vivir con todos y como todos; es la bondad y la alegría. Esto, su alegría, es lo que me encanta. Gozo lo indecible cuando consigo enfadarla y empieza a dispararme improperios atroces y cachetes no siempre suaves; como cuando se divierte haciéndome el amor y diciéndome chicoleos y piropos graciosísimos...

—En cuestión de caracteres todo tiene sus ventajas y sus desventajas: la entereza, la flexibilidad, la seriedad, la alegría. Según con quien vengan a dar.

—Eso me digo yo muchas veces. Dios las ha hecho admirables. Nos desvelamos por ellas. Y luego... ¿para quién serán estas muchachas?

—No me asusta eso. Estoy seguro de que siempre tendrán en cuenta a sus padres. Se diría que quieren vivir para nosotros más que para ellas. ¿No ha visto usted cómo se han portado esta temporada? ¿Encontraría usted otras muchachas que se condujeran lo mismo a su edad, recién salidas del encierro, enteradas de sus atractivos? Hemos intentado inútilmente llevarlas a Biarritz, a San Sebastián, a los casinos y a las playas de moda; nos han rehusado las diversiones de la juventud para quedarse aquí tan satisfechas con su veraneo tranquilo y burgués, con sus paseos, con sus charlas y sus lecturas; tan solícitas para cuidarnos y distraernos.

—Marité no quería vernos aburridos, haciendo de ayos y mirones.

—Carmela no transige con los malos gustos y la educación deplorable de las niñas fumadoras y de los bailarines de *fox*. Tengo absoluta confianza en Carmela. Sabrá casarse y sabrá casar a mi hija; no le consentirá ninguna tontería.

"Sabrá casar a mi hija, no le consentirá..."

Aranaz había notado perfectamente el imperio de Carmela sobre Marité, agradeciéndolo como un amor tutelar. Pero ni Aranaz ni nadie sabía lo avasallador e irresistible que se había hecho este imperio, día por día, en tres años de intimidad. Ella, Marité, sí lo sabía, y se lo confesó a su dulce amiga: "Cuando no estoy contigo, me suele ocurrir que veo tu imagen tan viva como si te tuviera presente; te veo mirarme y sonreirme, y no puedo seguir en mi sitio; me parece que me llamas y me esperas... No te incomodes conmigo cuando voy a buscarte y te interrumpo en tus distracciones o en tus quehaceres, porque voy como una bala, me lleva un impulso indomable, necesito caer en tus brazos y recibir tus besos... Perdona mi locura."

¿Perdonar? Carmela cobraba el tributo ávidamente, saciando con él su orgullo de fascinadora, su pasión por la belleza, los instintos de su sensibilidad vigorosa...

El presentimiento de Aranaz "Sabrá casarse y casar a mi hija", no iba descaminado. Carmela pensaba ya en ello y forjaba su plan, explorando e induciendo metódicamente a Marité.

Una noche, ya retiradas a su dormitorio y acostadas en el mismo lecho, como solían, para emplear en sus coloquios y expansiones los ratos de vigilia, trataron del próximo viaje a Madrid y de sus proyectos. Castillón había desistido de llevar a su casa a la señora de quien alguna vez habló a su hija. Fué consejo de Aranaz, al que disgustaba mucho el propósito por ciertas historias de la juventud del general. Mientras no se hallase otra solución, Carmela viviría con Marité; lo exigió ésta obstinadamente, y su padre apoyó la demanda. Más adelante, sin apremio, se proveería mejor sobre el caso.

—Vamos a seguir juntitas, Carmenchu del alma. ¿Por cuánto tiempo?

—Para siempre.

—¿Lo piensas así? ¿Lo ves fácil? Hijas únicas de padres ricos—y no cuento más dotes—, pronto nos asediará el cerco de los pretendientes y de los *buenos partidos;* nos abrumarán los consejos, las exhortaciones y las coacciones...

—Y con el tiempo nos mortificarán la extra-



ñeza, la suspicacia y el comentario de las gentes murmuradoras que nos digan siempre la misma razón: "¿Fulanito? No me resulta. ¿Menganito? No me convence. ¿Perenganito? No acaba de gustarme." Pero tranquilízate; nos casaremos pronto y bien. Quiero decir, como nos conviene...

—¿Qué has pensado y qué intentas, diablo? ¿No aborreces ya el matrimonio?

—Como antes. Aborrezco el matrimonio, que no vamos a hacer, y no me entusiasma ninguno. Pero solteras, en ridículo, acaso escarnecidas, esclavizadas por los miramientos y las limitaciones que las costumbres exigen a la que no se casa, y, sobre todo, expuestas a tener que casarnos al fin como no nos conviene..., de ninguna manera.

—Lo que nos conviene, ¿qué es?

—La menor cantidad de matrimonio y la menor cantidad de marido. El matrimonio apacible y casto, sin las necesidades que a nosotras nos asquean, sin el amor absorbente y despótico que disponga de nuestras vidas, secuestre nuestra libertad y prohiba nuestras más nobles

aficiones y hasta nuestros más hondos afectos. El marido humildemente enamorado, manejable, dócil, agradecido a nuestra superioridad, convencido del favor generoso que le hagamos aceptándole; el hombre de templanza..., ¿sabes? Lo que se dice *un hombre de cierta edad*, que no pida grandes cosas y se asustaría si nos entusiasmásemos.

—Dilo de una vez—exclamó Marité, ahogando la risa violenta que le provocó el discurso—. Un par de pelanas...

—Nada de eso. Nombre, clase, posición, edad, salud, conversación, figura, pulcritud y las demás condiciones tales que no escandalicen. Una boda razonable, explicable; no es necesario el idilio.

—Comprendo, comprendo... Estar y no estar casadas. Desahuciar de una vez a los pretendientes, hacer nuestra vida con ejemplaridad y recogimiento, sin dar qué decir y sin que el matrimonio contraríe nuestras inclinaciones y nuestros gustos... Pero los hombres *de cierta edad* no se atreven a llegar a muchachas como nosotras. Tendremos que cazarlos.

—A tiro los tenemos.

Hablaban musitando, con voz imperceptible, y todavía como si temieran que las oyesen. Carmela puso la boca en el oído de Marité, y le dijo el secreto.

Marité se incorporó bruscamente, con gran sobresalto.

—¡Por Dios! ¡Carmenchu! ¡Eres el mismo demonio!

Y luego, echándose nuevamente y abrazándose a Carmenchu, añadió:

—¡Por Dios, encantito! ¡Piénsalo bien! Casarse sin amor, por cálculo, con premeditación egoísta, para no sentir el marido...

—Para no sentir ni estimar al marido como marido ni de ninguna manera, con ningún género de amor ni de respeto. ¡Cuántas lo hacen! Y no es nuestro caso.

—Casarse así con otros, pase... Pero ¡con ellos!

—Con ellos precisamente se nos hacen más tolerables las concesiones y los sacrificios, que nos atormentarían con otros. Tú, resignada por mí; yo, por ti; las dos por hombres a quienes ya

nos une una amistad verdadera, que puede suplir al amor. Fíjate bien; será casi como ahora; un poco, muy poco más. Déjate de aprensiones. Serán felices y lo seremos nosotras. A los hombres de cierta edad casados con jóvenes sólo les preocupa un riesgo, que aquí no existe. Bien seguros están.

Aun quiso hablar Marité, y no pudo. La fascinadora le tapó la boca con sus besos persistentes, insaciables, y la mimosa sintió decaer su voluntad al calor de las caricias y languidecer su cuerpo entre los brazos opresores...

V

Llevaban ya muchos meses en Madrid con el mismo plan de vida que en el veraneo y aun con mayor formalidad, con más recogimiento, con patente desdén con las aficiones, costumbres, gustos y modas de las jóvenes del día. Escuchaban las dos el sermón paternal de Aranaz.

—Bueno es lo bueno—les decía—, mas no tanto. Hay que cambiar, ¡ea! ¿Quién diría que sois unas muchachas? ¡Que no me gusta esto! ¡Que no! Santiago (el general) no se fija mucho en lo que hacéis por su carácter distraído y bullicioso; no ve más que las risas y los estrépitos de María Teresa, y os imagina en el mejor de los mundos; pero a mí me va remordiendo la conciencia. Carmela, no tanto; y a ti

te lo digo especialmente, porque eres la más culpable.

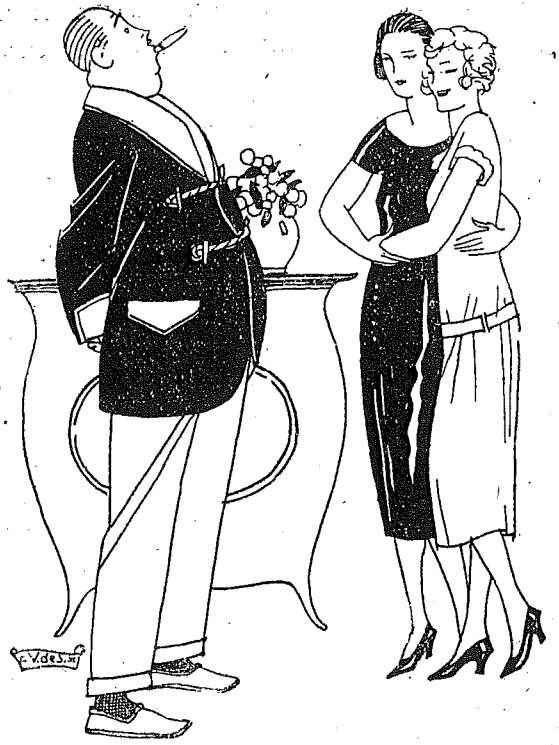
—Usted quiere decir la mejor, y me duele un poco la injusticia. ¿Cuándo llegarán a conocer el corazón de esta criatura?

—Lo conozco, sí; yo no le regateo a María Teresa mi satisfacción y mi gratitud; los padres tenemos que ser agradecidos. Pero entre vosotras, ¿quién es la que dirige y predica?

—No hacemos nada que nos cueste el menor sacrificio; si fuese menester, lo haríamos; nos hemos jurado poner el amor a nuestros padres sobre todas las cosas de la vida; pero la verdad es que hasta ahora no hacemos más que nuestro gusto, lo que nos agrada; y vivir de otro modo es lo que nos costaría esfuerzo.

—En fin—dijo el bueno de Aranaz, conmovido—, sois hijas admirables y abnegadas, demasiado abnegadas; demasiado... Sin dejar de serlo, podéis vivir un poco mejor, menos retraídas, más en el mundo. Vamos a ver: ¿qué hay de novios? ¿No asoma nadie por ahí?

A Marité se le desbordó la risa.



—Tendremos que descararnos nosotras, porque no se enteran, padre.

—¡Claro! Si os escondéis, ¿qué ha de ocurrir? Metiditas en casa no habéis de encontrarlos.

—Pues en casa esperaremos. ¿Verdad, Carmela?

Marité reía más y más, sin dejar de mirar a Carmela. Pensó Aranaz si tendrían algún secretillo. ¿Por qué tanta risotada?

—Esperaremos con paciencia—dijo Carmela, porque no tenemos ningún motivo para impacientarnos. Nunca estaremos mejor. Si Dios nos da lo que nos conviene, nos casaremos; y si no, poco nos importa. Mientras tengamos nuestros padres, ¿qué nos falta para ser felices? Yo nada echo de menos, nada, nada, absolutamente nada...

Recalcó las palabras, pronunciando con lentitud.

—¿Nada, nada, Carmela?—preguntó Aranaz—. El matrimonio es el estado natural.

—Hay quien dice *perfecto*. Por algo se casa todo el mundo, me dirá usted... El argumento

vale poco para mí. Lo que una ve no es para animarse. Hay, por excepción, algunos matrimonios que acaban bien, cuando la edad purifica y ennoblece a los cónyuges; pero ¡qué mal empiezan casi todos! ¡Y cuántos fracasan porque empiezan así, por un instinto de bestialidad, con un programa de placer que ultraja y marchita a la esposa, luego abandonada en el hogar, cargada de hijos y tristezas, convertida en un guiñapo miserable, mientras el marido, si es joven todavía, lleva sus instintos a otra parte!... Este es el estado natural. ¡Qué horror para nosotras!

Aranaz contemplaba embelesado la hermosura majestuosa de Carmela, iluminada por un resplandor de castidad.

—Hay m u c h o en eso, desgraciadamente —murmuró.

—Pero, además—continuó Carmela—, tengo más prisa de casar a mi padre que de casarme yo.

—¡Casar a tu padre!... No comprendo lo que dices; me extraña mucho, francamente. Yo no



sé que tu padre quiera casarse ni que lo necesite.

—Necesitarlo...—Miró a Marité.—Nosotras no queremos averiguar ni saber cosas que adivinamos con temor. Hombres en la madurez, todavía fuertes, conservados, de buen aspecto, poco aburridos...

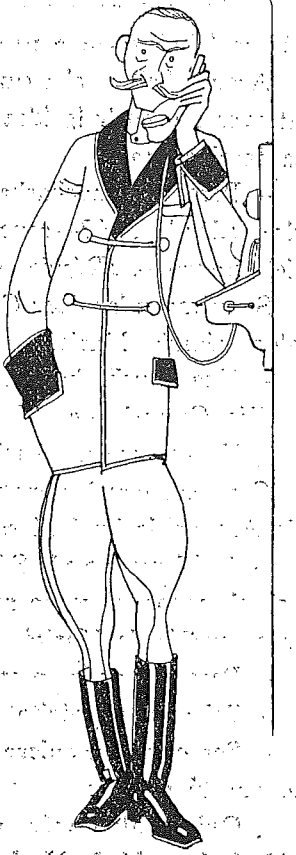
—Ya sé, ya sé... ¡Bah! ¡Cavilaciones! Sois demasiado buenas. Pero ten la seguridad de que a tu padre no le entusiasma la idea. La mujer que pueda aceptarlo, la mujer de su edad, no le entusiasma. Algo de lo que tú has dicho, Carmela; es muy humano, ¡irremediablemente humano! Siempre queda en el hombre un poco de ilusión...

—La ilusión de Fausto, sí; es de lo más noble y simpático de la vida.

—Y ¿por qué—intervino en esto María Teresa—no ha de haber para Santiago una muchacha que piense como Carmela?

—Exactamente... Yo me casaría muy a gusto con un hombre como mi padre. ¡Qué más quisiera yo! Desaparecerían todas mis aprensiones.





Lea usted

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

MUCHAS GRACIAS

es el periódico más ameno y más leído de España.

MUCHAS GRACIAS

cultiva en sus páginas todos los matices de la sátira.

REDACTORES Y COLABORADORES

Julio Camba, Muñoz Seca, Eduardo Zamacois, Felipe Sassone, "El Caballero Audaz", Alberto Insúa, Emilio Carrère, Artemio Precioso, Joaquín Belda, Fernando Luque, "Juan Ferragut", Francisco y Antonio Graciani, Alfonso Vidal y Planas, Mariano Benlliure y Tuero, "Kurro Kastañares", Mariano Tomás, José Bruno, F. Martínez Corbalán, Díaz-Antón y otros.

DIBUJANTES

Ribas, Tovar, Penagos, "Demetrio", Díaz-Antón, Garrido, Bradley, Bluff, Bellón, Puig, Picó, Serny, Durabat, Mihura, Gazo y otros.

MUCHAS GRACIAS

justifica su título y su precio es e de

TREINTA CENTIMOS EJEMPLAR